



Asombro legítimo en *Periplos*¹ de Ricardo Sigala

Ramón Moreno Rodríguez
CUS Universidad de Guadalajara

Prosa poemática o poesía en prosa se le llama a aquel subgénero más o menos nuevo en que el autor produce un texto a caballo entre las dos aludidas formas canónicas. En las más logradas expresiones (Marcel Proust, Anatole France, Gabriel Miró); sin duda, es la poesía la que predomina, no como línea cortada, sino como trasfondo que subsume la esencia de lo literario. Ricardo Sigala deja patente en su libro *Periplos* lo que decimos.

¹ Sigala, Ricardo (2012). *Periplos. Notas para un cuaderno de viajes*. Guadalajara: Arlequín.



En nuestra lengua, fue la revolución modernista la que introdujo este gusto por combinar ambas formas de la literatura. Esta inclinación le vino a Rubén Darío y a los demás que con él hicieron escuela; sin duda, de Buadelaire, aunque no debemos olvidar otros autores, también franceses que muchos influjos dejaron en aquellas inquietudes. Hasta donde alcanzo, es el libro *Azul* del nicaragüense donde aparecen, por primera vez en lengua española, la prosa poemática, estamos hablando de 1888.

Como ha sucedido muchas veces, los genios no siempre han sido comprendidos y tal gusto literario no se desarrolló sino una o dos décadas después. Fueron los autores de la *Generación del 98*, quienes lograron adaptar por completo esta forma de escribir. Azorín publica en 1902 la primera novela poemática de nuestra lengua: *La voluntad*. Este libro y otros más que escribieron los compañeros de generación del andaluz se constituye como relato sin acción, tiempo detenido, recreación poética del paisaje, abulia existencial o poetización del lenguaje.

Casi todos estos elementos los hallará el lector en *Periplos*. En primer término, se destaca su condición fragmentaria; no encontrará el que leyere un hilo conductor en todas estas páginas sino la no siempre constante temática del viaje. Eso no importa. Esta obra no se lee, no se debe leer por las historias que cuente, sino por la vital experiencia del viaje.

Y este, el viaje, es otro de los elementos en común con lo que ahora nos entrega Ricardo Sigala con las novelas poemáticas del 98; no se entiende el quehacer literario de estos novelistas españoles si no es por la condición del viaje. Ciertamente, en Sigala, ir por el mundo cumple otro propósito; para el poeta jalisciense viajar es el elemento vertebrador que permite plasmar el asombro, los pequeños y grandes descubrimientos, la pasión amorosa, la maravilla ante las culturas exóticas; en fin, el viaje es un pretexto para hacer poesía. Por su parte, en la *Generación del 98* se da un ajuste de cuentas con la condición existencial y aunque de vez en cuando podemos notar algunos destellos de esto en las páginas de *Periplos* —“Nunca hice apología de los fracasados ni creí encontrar sabiduría en los ojos de taciturnos silenciosos. No le di incondicional mis aullidos a la luna. Mi paisaje es la tarde gris; mi hogar, la taberna; mi fe, el negro precipicio del Señor, mi aspiración

final: emular a los idiotas en su sabiduría de ignorar definitivamente el mundo" (Sigala, 2012: 60)—, nuestro autor va por otro camino.

En el libro que nos ocupa hay una mirada que observa las culturas ajenas a la nuestra y nos transmite lo que ve con sencillez en las palabras, pero con hondura literaria; por ejemplo, el yo poético observa a un marino y dice con él o por él: "'Tantas ciudades, tabernas, mendigos, putas, tempestades, tantas estrellas vistas', dijo, y se quedó pensando frente a su copa de vino" (Sigala, 2012: 60). Por otro lado, junto al que ve y cuenta lo que ve hay un otro yo, una figura que se desdobra del yo poético y que también mira, pero en silencio: es la amada. Es la figura que le da razón de ser al viaje y motivo de maravilla, junto con las frutas extrañas, los antiguos caminos del oriente o el mar surcado por los arábigos comerciantes: "Pensé que si tus pechos son así por dentro: granadas de Málaga guardando sus geométricos jugos, poliédricos, agridulces, bajo la cáscara de tu piel... Mi barco entonces aprendió a traficar granadas" (Sigala, 2012: 51).

Otro elemento definitorio de *Periplos* es su estructura dialogante consigo misma. Los temas transitan de una a otra parte ampliándose y enriqueciéndose. Son seis las secciones temáticas en que se divide esta obra: viajes y viajeros, mitologías, ciudades, remanso, memoria y bestiario doméstico. Como ya dijimos, el viaje (la incursión por mundos desconocidos: desde la muralla china hasta el cuerpo de la amada), le da unidad a este pequeño libro.

Y aunque dicho como lo hemos enunciado, parece fácil el asunto, en realidad no lo es. La organización de estas seis partes es asaz compleja: no hay en ella ningún orden aparente. Críticos han dicho que en estas páginas persiste una disposición propia de las estrellas. Acaso sea así, pero nada diremos al respecto porque es entrar en los mundos herméticos, y no nos atrevemos a hacer tal cosa porque no hemos sido iniciados en tan dilatada sabiduría. Digamos con humildad que la distribución de los textos responde a un capricho del autor que él sólo comprende. En su defensa, el lector puede confiar en que los temas propuestos por los nombres de las secciones son fieles a sí mismos; quiero decir que en la parte de "Bestiario doméstico" se habla de bestias, en la de "Mitologías" en efecto se nos muestran mitos, y así sucesivamente.

Procede esta estructura con la lógica propia de los cuadernos que usan los pintores o los poetas; es decir, sin orden ninguno. En efec-



to, es sabido que muchos poetas poseen cuadernos de blanquísimas páginas en las que van anotando pacientemente las imágenes afortunadas que las musas les susurran de vez en cuando al oído. Estas son algunas que logró atrapar Ricardo Sigala: "El árbol del que nacen aves". Y, asimismo, "ni una llave para abrir la puerta del día"; y también, "uno no cuenta su pasado, sino el que cree recordar"; y no menos, "entonces comprendí todo, como si la llovizna de la tarde significara simple y llanamente desolación"; y otro tanto, "descubrí que el viaje ya no era nuestra casa y que la cama no era más la cama y que de nada servía dejar la puerta abierta con tanto invierno que se había estacionado desde la llegada del espejo". Y sobre todo con sus tonos dantescos: "Vamos a un país donde nadie está destinado a ir, a un tiempo que nadie ha visto, abandonemos toda esperanza" (Sigala, 2012: 69).

Lo que el poeta haga con esas epifanías es cosa muy diversa. Jorge Luis Borges contaba que las frases que le ocurrían, las reelaboraba una y otra vez en su mente; permanecían ahí, germinando su nacimiento y perfección en sucesivos reacomodos, inversiones sintácticas, interpolaciones, singulares o plurales, pero que nunca sabía si de esas frases y oraciones habría de salir un poema o un cuento. El resultado dependía de si al final del afortunado nacimiento la redondez de la expresión se constituía de un endecasílabo, por ejemplo, o constituía una suma imprecisa de sílabas; en el primer caso, terminaba por ser un poema, en todos los demás, un cuento.

Pienso que en el caso de Ricardo Sigala algo así sucedió, una vez concretizada la feliz expresión, él tenía total libertad de construir una metáfora, un cuento breve o un poemínimo. Los resultados los tendrá el lector a la vista si toma este pequeño volumen y hace girar las páginas para sorprenderse, junto con el autor, de los portentos del mundo, se encuentren estos en remotos países o cercanos rincones de nuestra habitación; el prodigio y el asombro serán, sin duda, igual de legítimos.

Recepción: Mayo 20 de 2019

Aceptación: Agosto 22 de 2019

Ramón Moreno Rodríguez

Correo electrónico: ramonmr@vivaldi.net

Mexicano. Doctor en literatura. Profesor en la CUS de la Universidad de Guadalajara.